



A propósito de resistir. Repensar la insurgencia en África

Jon Abbink, Mirjam de Bruijn
y Klaas van Walraven (eds.)
Oozebap, Barcelona, 2008

Desde diversos campos académicos, como la historia, la antropología o las ciencias políticas, el libro se centra en los conceptos de resistencia, memoria histórica y violencia, analizando diversos acontecimientos del continente africano desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. No se trata de un índice exhaustivo de todo movimiento insurgente, sino que a partir de unos hechos en concreto, repartidos en el tiempo y en la geografía africana, los autores profundizan, a partir de un marco determinado, en diversos asuntos esenciales para comprender los problemas y reivindicaciones actuales en un mundo desigual de luchas y crisis.

Los autores, relacionados con el Centro de Estudios Africanos de Leiden, uno de los más prestigiosos del mundo, son reputados especialistas en sus respectivos temas, lo que otorga al conjunto del libro un halo de credibilidad y rigurosidad particular. Cada capítulo abarca múltiples temáticas, experiencias y situaciones que han marcado profundamente la historia africana contemporá-

nea y, por consiguiente, la del mundo. Resulta muy interesante, por ejemplo, ver reflejados debates actuales que se dan en España, como el uso y la manipulación de la memoria histórica en la guerra civil, los diversos nacionalismos y sus imaginarios identitarios, etcétera, en un contexto a priori tan alejado (y denostado) como África. Si bien es lógico que el objetivo de los autores no es el de establecer comparaciones entre África y el resto de los continentes, merece la pena recalcar este punto y esta voluntad de leer el libro con ánimo vinculativo y funcional, ya que contradice la imagen de excepcionalidad (tanto para lo positivo como para, especialmente, lo negativo) que suele acompañar los análisis de este tipo.

Con más de 500 páginas y un exhaustivo trabajo de anotaciones y referencias bibliográficas, el volumen se divide en cuatro partes, precedidas por una larga introducción teórica sobre la resistencia en África y cómo ha sido enfocada, a lo largo del siglo XX, por los africanistas. La primera parte reúne algunos casos precoloniales, como, por ejemplo, las revueltas de los melanambas descritas por Stephen Ellis, que replantea las complejidades de la conquista y resistencia en el Madagascar del siglo XIX, señalando las divisiones internas en la sociedad malgache frente a la imposición colonial y cómo este

hecho se manipuló posteriormente en el imaginario nacionalista, que calificó las rebeliones como «luchas anticoloniales» cuando estaban dirigidas contra la elite malgache. Los capítulos de la segunda parte se centran en las dinámicas internas y las contradicciones de los movimientos de resistencia en los asentamientos colonos, como el capítulo de Jan-Georg Deutsch sobre la esclavitud en el África del Este colonizada por Alemania, que gradualmente fue desapareciendo debido a la incursión de la industrialización colonial.

La tercera parte trata del simbolismo y del empleo de la violencia en un sentido ideológico y práctico: Kimba Idrissa se centra en la rebelión tuareg de principios del siglo XX contra la autoridad francesa; Van Walraven estudia la desconocida revuelta comunista del partido Sawaba en el Níger de los años sesenta; y Gerhard Seibert trata de la guerra civil de Mozambique, en que argumenta que el auge del Renamo también ocurrió gracias al apoyo de importantes sectores civiles del país. Estos tres casos ilustran el papel esencial de las interpretaciones autóctonas y las reverberaciones de poder, revuelta y violencia.

La última sección trata de la memoria histórica y sus apropiaciones, algo muy patente en el capítulo de Melber sobre Namibia y el genocidio herero (perpetrado por Alemania a principios del siglo XX), reinterpretado y utilizado a través de las décadas por parte de diversos actores, desde el imperio británico hasta los hereros de generaciones posteriores.

En definitiva, un extenso y complejo trabajo que, sin duda, ayudará a fortalecer los estudios sobre la resistencia en la historia contemporánea, de la que África es una de las principales protagonistas.

Adela Lobo

Darfur. Historia breve de una larga guerra

Julie Flint y Alex de Waal
Intermón Oxfam Ediciones,
Barcelona, 2008

«Los árabes llegaron aquí en busca de pastos y cuando se acabó la hierba se marcharon. Consumían nuestra hierba, pero se ocupaban de nuestros camellos y de nuestra gente. No había robos, ni ladrones, ni revolución. Nadie pensaba en la dominación: todo el mundo estaba a salvo. Nuestro único temor eran los leones y las hienas. Ahora solo hay conflictos en todo Sudán. No hay gobierno, no hay control. Miren a su alrededor. ¿Qué ven? Ni una mujer, sólo hombres armados. Ya no somos capaces de reconocer lo que fue nuestra tierra.»

Cuando, a principios de 2004, el conflicto de Darfur aparece en los medios de comunicación, lo hace como la tragedia humanitaria de miles de refugiados y la denuncia de «la mayor crisis humanitaria del mundo» por parte del representante de la ONU en Jartum. Hasta ese momento, Darfur había permanecido oculto por el Gobierno sudanés y eclipsado por el conflicto norte-sur, que enfrentaba el Gobierno árabe de Jartum y el ELPS de John Garang.

Darfur es una región al oeste de Jartum, de recursos limitados, donde conviven tribus africanas, fur, la más numerosa, masalit, zag-hawa, originarias de la región, y tribus árabes, en su mayoría reizegat, llegadas entre los siglos XIV y XVIII, del norte y del este del continente. En el siglo XVII surge el sultanato de Darfur, heredero del imperio Tunjur, el primer imperio africano conocido en la región. Los árabes se habían integrado en la región, el sultanato adoptó el Islam y la len-

gua árabe y entre las tribus árabes y africanas se establecieron fuertes vínculos comerciales. El máximo esplendor del sultanato se alcanzó en el siglo XIX.

Se hace difícil establecer los orígenes del conflicto, pero una serie de cuestiones lo han marcado y han contribuido a su gestación y desenlace. Cuestiones relacionadas con la tierra y los recursos: el abandono recurrente de la región por parte, primero del Gobierno colonial británico y después de los sucesivos gobiernos de Jartum, el sistema *hakura*, por el que los sultanes de Darfur otorgaban derechos sobre la tierra a las tribus árabes, un sistema que provocó desigualdades y cuyas reclamaciones han perdurado 250 años, y las tensiones surgidas entre nómadas árabes y campesinos fur y masalit a raíz de los duros episodios de sequía que obligaron a nómadas árabes a desplazarse hacia tierras ocupadas por los campesinos.

Junto a estas cuestiones, surge un ideario de supremacía árabe cuyos orígenes se sitúan en los años setenta, en la Libia del coronel Gadafi, y que llega a Sudán por influencia de la Congregación Árabe, originaria también de Libia. Un ideario que, adaptado a la realidad sudanesa, defendía la legitimidad árabe para hacerse con el Gobierno de Darfur y expulsar a los africanos y que encontró en el Gobierno de Jartum y en las milicias *janjawid* el complemento ideal a sus pretensiones. Las *janjawid*, formadas por árabes que se sentían maltratados y desposeídos de derechos, asumieron el ideario y contaron además, con el apoyo militar y financiero de Libia y del Gobierno de Sudán que, a finales de los 80, ya las había utilizado para controlar, desde la distancia, cualquier atisbo de sublevación en la región.

El libro, de 123 páginas es, tal como su título indica, breve, pero, como la historia del

conflicto, es denso y requiere de una lectura atenta y alguna relectura para llegar a entender las fuerzas que mueven los diferentes actores implicados. Los autores, con una amplia trayectoria en el estudio de los conflictos de la región de Sudán y el Cuerno de África, presentan el libro estructurado en seis capítulos. En los cuatro primeros, profundizan en los orígenes y trayectorias de los grupos implicados: la población de Darfur, el Gobierno de Sudán, las milicias *janjawid* y los grupos rebeldes de resistencia fur. El quinto se centra en los enfrentamientos y el sexto, en los intentos de la Unión Africana y los líderes árabes y africanos de la región por encontrar el camino de la paz.

Dídac P. Lagarriga

El Traductor

Daoud Hari
Ediciones Urano
Barcelona, 2008

Daoud Hari es de etnia zaghawa, y los zaghawa, como los massalit y los fur, son tribus africanas de pastores y agricultores que viven de forma sedentaria en Darfur, un vasto territorio que abarca la parte occidental de Sudán y la parte oriental del Chad. Desde los tiempos del sultanato Fur, en el siglo XVII, estos pueblos habían convivido con las tribus nómadas árabes llegadas del norte y el este del continente, compartían pastos y agua y las disputas se resolvían en el ámbito local bajo la tutela de los sultanes o jeques. Con la llegada al poder de Omar Hasan Ahmad al Bashir, empezó a extenderse por Sudán un ideario de supremacía árabe que, en un largo proceso de radicalización culminó,

en 2004, con el genocidio y el consiguiente desplazamiento de dos millones y medio de personas que, actualmente, viven en pésimas condiciones en los campos de refugiados del Chad.

A partir de su propia experiencia y, en ocasiones con testimonios, algunos especialmente duros, muestra las atrocidades del genocidio y sus consecuencias, las matanzas y la destrucción de aldeas enteras, la huida de los supervivientes a través del desierto, las violaciones de mujeres y niñas y la vida en los campos de refugiados donde el precio por la seguridad se paga con unas condiciones de vida llevadas al límite. Describe una guerra sin sentido, caracterizada por la brutalidad de las milicias *janjawid*, armadas y financiadas por el Gobierno de Sudán y por constantes y aleatorias alianzas de este mismo Gobierno con los diferentes grupos armados, formados en gran parte por niños de no más de 14 años, armados con *kalashnikov* y obligados a luchar contra la que es su propia gente.

De forma paralela a la denuncia, Daoud Hari se remonta a la época de su niñez y, en un ejercicio de contraste que contribuye a resaltar la magnitud del sufrimiento de estos pueblos, permite acercarse al modo de vida de las gentes de Darfur. Describe la vida cotidiana y profundiza en cuestiones como el valor de los fuertes vínculos familiares, vínculos que, como en otras sociedades africanas, van más allá de una simple relación familiar; la organización política y social en torno a la figura de los sultanes y jeques, que mantiene su vigencia y a la que la población sigue recurriendo. Describe la mística relación, en especial de los jóvenes, con la montaña que su pueblo llama Pueblo de Dios, una relación que convive en armonía con la religión musulmana que árabes y afri-

canos practican en toda la región.

El Traductor es también la historia personal de su autor y de cómo las circunstancias le llevan a encontrar lo que él mismo define como su destino. Por su conocimiento del zaghawa, el árabe y el inglés empezó a trabajar como traductor para los medios de comunicación y enviados de organismos internacionales. Sus constantes entradas y salidas por la frontera entre Sudán y Chad y sus múltiples contactos con grupos pro-gubernamentales y con grupos rebeldes le colocaron en una situación difícil ante el Gobierno de Sudán que, en más de una ocasión, le hizo temer por su vida. Pudo sobrevivir, y actualmente vive en Baltimore desde donde continúa su trabajo. Vivió en primera persona el estallido de Darfur: entiende que el mundo no debe permitir que algo así vuelva a suceder en ninguna otra parte, y para ello es necesario que el pueblo de Darfur no sea desplazado para siempre y pueda volver a sus hogares. El Traductor es una de sus contribuciones a esta causa.

Hari consigue mantener el interés a lo largo de un relato no exento de tensión: sus descripciones son tan realistas como sencillas, lo que permite una lectura fácil de sus 180 páginas. Se completa con dos apéndices: en el primero sitúa los antecedentes históricos del conflicto; en el segundo, reproduce íntegramente la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Santi Petanàs